

Ignacio Orovio

Los inculpados

—Nacho.

Sin interrogantes.

Años después, podría comenzar usando una metáfora y decir que aquella mañana, la del 11 de marzo de 2004, el despertador estalló sobre mi mesilla de noche como cada día a las ocho de la mañana, pero no la usaré primeramente por respeto a la verdad, porque lo que me despertó no fue el despertador, sino una llamada, y porque no eran las ocho, sino las 07.46.

«Nacho», dijo, como apremiándome.

Quien me llamaba era Dagoberto Escorcía, el jefe de deportes del periódico donde trabajaba y donde trabajo aún, *La Vanguardia*, quien por entonces tenía un hijo de corta edad que le obligaba a madrugar y que a aquella hora escuchó en la radio que en la estación de Atocha acababa de haber, ahora sí, varias explosiones. Dagoberto, buen amigo, sabía que yo vivía en Lavapiés, cerca de la gran estación central de Madrid, y sabía por supuesto que mi trabajo para el periódico era el de corresponsal judicial en los grandes órganos del Estado, esto es, la Audiencia Nacional, el Tribunal Supremo, el Tribunal Constitucional y el Ministerio de Justicia, de manera que, si había un atentado, la investigación judicial iba a ser parte de mi trabajo los meses siguientes; los años siguientes, cabría precisar; y parte principal, cabría adelantar.

Dagoberto sabía, en todo caso, que yo podía estar en la estación en pocos minutos, y sabía, por lo que apuntaba ya el relato de

la emisora, que podía haber muertos. Muertos, en plural, y no eran todavía las ocho.

También en honor a la verdad diré que, cuando en la pantalla del móvil, un Nokia enano, vi *Dago*, me asusté terriblemente, porque en aquellos momentos yo estaba soñando con Dago. Durante años ambos habíamos formado parte del equipo de fútbol sala del periódico, y en el momento en que sonó el móvil el Dagoberto de mi sueño se acababa de desplomar sobre el parqué y todos los miembros del equipo llorábamos. Nadie lo reanimaba, porque ya estaba muerto, y ahora me llamaba para decirme que había explosiones. Contado aquí podría parecer un recurso literario, pero no lo es, es la estricta verdad, tal como saben algunos amigos a quienes lo relaté en su día; a él no, por un pudor que perdura y porque dejó la empresa. Vive en la Costa Daurada. Tampoco es una confusión fruto de una recaída en sueños, porque todavía en conversación con Dagoberto, en calzoncillos, conecté la radio y me dirigí hacia la cafetera para prepararme dos cafés muy cortos en la misma taza, como todos los días.

Cuando Dagoberto hubo colgado, la consternación por el sueño premonitorio dejó paso a la consternación por lo que ya escuchaba en el informativo.

Me preparé todo lo aprisa que pude, sin saber muy bien cómo vestirme. Busqué en el macuto que me acompañaba a todas partes mi radio portátil con auriculares, le cambié las pilas, dejé que las viejas rodaran rugosamente por la mesa, que hacía una ligera pendiente hasta la pared. Allí se quedarían varias semanas. Me aseguré de que en el bloc de notas que llevaba también a todas partes había suficientes páginas en blanco.

Bajé por las escaleras y salí a la calle y, en cuanto cesó detrás de mí el estrépito de la puerta, surgió otro delante, en el aire de la mañana: ambulancias, se oían muchas ambulancias.

La plaza de Lavapiés estaba como siempre, con gente acodada en las esquinas o sentada en el escaloncito de los escaparates.

No había desayunado, y pensé que el día iba a ser largo. Me dirigí a la panadería de la calle Tribulete, que estaba allí mismo y

donde solía comprar pan. Aunque nunca había intercambiado con las chicas que la regentaban más que los formulismos de un cliente cualquiera, sabía que se llamaban Marta y Pilar. Aquel día toda la clientela tenía una sola conversación. Parecía que había habido un atentado en la estación, pero nadie sabía gran cosa; en aquel momento yo tampoco sabía que Pilar iba a ser una persona clave en esta historia.

Introduje el bocadillo en el macuto, convenientemente envuelto, me puse los auriculares, con la radio, y empecé a caminar hacia Atocha a toda prisa.

Seguían sin ser las ocho, la radio hablaba de una matanza de ETA, hablaba de explosiones sincronizadas en diversos puntos de las líneas férreas de acceso a Madrid. Solo en una de las explosiones se habían contado cinco muertos y se hablaba de al menos media docena de bombas, la extrapolación numérica era dramática.

En los viales que circunvalan Atocha, el caos de tráfico era absoluto. Ningún coche se movía, las ambulancias trataban de hacerse paso utilizando las aceras, o por entre los coches, donde no había espacio más que para las motos, pero se lo acababan abriendo. El sonido era bélico, un caos de sirenas, miles de vehículos haciendo sonar su claxon, todos temiendo que de pronto los terroristas aparecieran por allí, que hubieran intuido la ratonera en que iban a convertir Madrid y hubieran planificado una matanza de y entre los conductores indefensos.

El acceso de la parte trasera de la estación, que da a la calle Atocha y al museo Reina Sofía, estaba totalmente cortado por cintas de plástico policiales y algunos agentes muy nerviosos. Hice ademán de pasar bajo la cinta, pero un policía se me acercó y me gritó «Largo», y repitió «Largo» cuando le mostré una acreditación de prensa; en realidad era un carnet que a los miembros de la redacción de Madrid de *La Vanguardia* nos fabricaba y facilitaba una secretaria, Carmen, que hacía de todo, ya fuera el control del material de oficina, ya fuera organizar las visitas del editor, Javier Godó, ya fuera fabricar carnets de periodista y que dieran el pego.

Pero allí no me sirvió.

Yo tenía que entrar en la estación.

Empecé a caminar por la calle Méndez Álvaro, que limita por el oeste el recinto ferroviario, aislado por un muro, pensando que encontraría algún hueco para colarme. No encontré ninguno, o estaba demasiado alto y tuve miedo; de carecer de la agilidad necesaria o de acceder al otro lado y que hubiera uno de los malos. Quién sabía dónde estaban en aquel momento: si habían detonado las bombas por control remoto, perfectamente podían estar allí.

Proseguí por Méndez Álvaro hasta una calle que pasaba bajo las vías, que luego sabría que se llamaba del Comercio. Al otro lado, de nuevo en una calle paralela a los raíles, conté, en fila india, cuarenta y ocho ambulancias. Intuí que en la cabeza de aquella caravana, siguiendo al personal sanitario, podría saber cómo acceder a la zona de las explosiones.

En dirección contraria venían personas que acababan de salir del tren, personas que acababan de salvar la vida. Algunas tenían la ropa hecha harapos, otros estaban aparentemente en buen estado, pero había un detalle: nadie llevaba nada en las manos. Las manos vacías. Cualquier objeto que llevaran los pasajeros había saltado por los aires, o lo habían perdido en la huida. En salvación del bien superior que era la vida, todo lo accesorio había sido abandonado, relegado, olvidado.

El bolso con el monedero, las llaves de casa, un paquete de pañuelos.

Una mochila con la ropa del partido de baloncesto de la tarde.

Los libros de una clase en la universidad, una carpeta con apuntes.

Una tarta para el cumpleaños de una compañera de oficina.

¿Qué debía hacer? ¿Ayudar a los heridos? Ya había ambulancias, médicos, enfermeros, profesionales de la asistencia. La gente corría hacia algún lugar en el que sentirse a salvo o pedir ayuda, y yo era un periodista que estaba allí para recabar información y que, además, no era de Madrid, de manera que carecía de recursos —un coche, un amigo médico— con los que pudiera ayudar. Aun así, ¿debía centrarme únicamente en saber qué había pasado?

Entonces vi venir a un chico, algo más joven que yo, de unos veinte o veinticinco años, caminando con celeridad pero con calma, apenas en mangas de camisa; debía de haber perdido la chaqueta en la explosión, tenía el cabello lleno de polvo y le salía sangre de la oreja derecha, que se tapaba inútilmente con la mano. Me puse en su trayectoria y le hice dos preguntas, a cual peor. Nunca he sido un buen interrogador:

—¿Qué ha pasado?

—Ha explotado el tren.

—¿Ibas dentro?

—Sí.

Entonces me repuse, le pregunté si necesitaba algo, me dijo que no, tuvo tiempo de darme las gracias y siguió caminando hacia nunca supe dónde. Tampoco supe nunca su nombre, obviamente, y hoy lo identifico con el chaval sentado en el suelo, la cabeza llena de polvo y la cara ensangrentada que, en una fotografía que salió publicada al día siguiente en los periódicos, habla por un móvil que alguien le ha prestado, dando con toda seguridad la buena noticia de que ha salido vivo de la masacre.

Continué por aquella avenida hasta la esquina de una calle perpendicular a las vías. El muro estaba hundido justo allí, nunca supe si por efecto de las explosiones: a aquella altura había un tren despanzurrado. Paredes y techos eran en algunos puntos como sarpullidos abiertos, mostrando el interior. Los alrededores del tren estaban salpicados de objetos, todos aquellos objetos que habían sido abandonados por los pasajeros, y de pasajeros heridos o muertos. A través de los boquetes abiertos en los trenes se veían cuerpos, amontonados, bocabajo, a algunos parecía faltarles alguna parte, pero era difícil distinguirlo, y preferible.

Era una barbarie. La barbarie. Un mal aleatorio, aquirúrgico, carente de cualquier perímetro, contención o cálculo. Antimatemático, deliberadamente extremo, si por extremo entendemos el lugar más alejado, por encima o detrás de toda barrera, frontera o piedad.

Años antes había acudido como periodista al lugar en que ETA había cometido un atentado: un coche bomba preparado

para volar un puente de la autopista A-18 en Sant Quirze del Vallès, cerca de Barcelona, explotó cuando un hombre merodeaba por allí, quizás cuando trató de forzar la cerradura. El cuerpo quedó desplomado, lacio; siempre recordé las ropas, como deshilachadas, harapientas. Quizás ya estaban así antes de la explosión, pero no importa, yo solo las vi después. Ahora en Atocha la sensación era la misma, pero multiplicada por decenas, por decenas de viajeros convertidos en chatarra.

Lo primero que pensé fue que los locutores, aunque eran cautelosos respecto a la autoría, no estaban viendo lo que yo estaba viendo. No podía ser ETA. Es decir, todo apuntaba a que lo podía ser, lo tenía que ser, lo iba a ser, y el Gobierno sostenía que la autora era ETA. La Navidad anterior había sido descubierto un plan de la banda terrorista para diseminar una docena de mochilas con bombas (más o menos las que ahora ya empezaba a calcular que habían estallado) en la estación de esquí de Baqueira-Beret, en la Val d'Aran, donde esquiaba el rey Juan Carlos; el continente de los artefactos —«la mochila»— será clave, en términos lingüísticos. Pero es que además la Nochebuena anterior, dos miembros de ETA, Gorka Loran y Garikoitz Arruarte, habían sido detenidos en el tren Irún-Madrid con una bomba que contenía veintiocho kilos de explosivo; su intención era que explotase en el convoy cuando este hubiera llegado a la estación de Chamartín. Ni planeaban hacerla estallar con pasajeros en el tren ni llegó a estallar, pero el antecedente era tan parejo y cercano en el tiempo, y el historial de ETA en España tan prolongado y sanguinario, que la suma de atentado + Madrid + tren daba de inmediato un resultado de tres siglas.

Eso si no veías lo que yo estaba viendo.

La barbarie era tan despiadada, tan extraordinaria, tan fuera de dimensión.

A aquellas horas, el Gobierno prometía que había sido ETA. Ni más ni menos que el Gobierno. El Gobierno de un país europeo, moderno, que era o aspiraba a ser una referencia, que políticamente se codeaba por entonces con Estados Unidos y Gran Bretaña, ni más ni menos. Entre los valores y modos de un país así

no entraba o no podía entrar, bajo mi punto de vista, nada que no fuera decir la verdad o, cuando menos, actuar con humildad o con precaución. Si el Gobierno decía que aquello era obra de ETA, era obra de ETA; desde luego, el Gobierno estaba por encima de mis intuiciones o percepciones, infinitamente por encima. Quién, quién, quién. En aquel momento, aquel «quién» era un sujeto político, un actor a quien las palabras del Gobierno otorgaban una consideración estrictamente política, un agente que había venido a intervenir en la historia, en el calendario.

Alrededor de aquel tren estaba lleno de policías, pero estos tenían demasiado trabajo para ocuparse de los periodistas, que para entonces ya éramos varios.

No hice nada. Me quedé observando. Tomaba algunas notas. «08.43 - Policía saca hombre herido», «08.47 - Siguen sin pasar trenes»: ¿de qué cojones me iba a servir aquello?

En aquel momento la incipiente versión digital de *La Vanguardia* estaba en manos de una redacción paralela en la que el equipo del periódico tradicional, los del papel, todavía no interveníamos. Nunca. De manera que mi trabajo aquella mañana consistiría en recabar toda la información posible y, a las siete u ocho de la tarde, escribir algo, lo que la dirección decidiera, para la edición de papel del día 12. De haber ocurrido hoy, me habría dedicado a alimentar la web con cada novedad que apareciera, o haciendo un compendio cada equis tiempo; no soy de los nostálgicos que añoran aquel sosiego de trabajar para un periódico de papel, o en todo caso prefiero fijarme y celebrar la inmediatez y la brutal difusión de un medio *online*; sobre todo de uno poderoso como el que hoy también es el nuestro.

De vez en cuando llamaba al jefe de sección de política, Lluís Uría, o al redactor jefe, Jordi Barbeta, y les contaba alguna novedad, y me contaban a mí cómo se iba distribuyendo por los escenarios el operativo de periodistas, más que nada para, en el caos, no duplicarnos en un lugar y dejar vacío otro de interés. No existía el WhatsApp, que en las redacciones de hoy se ha convertido en una eficazísima herramienta de trabajo horizontal que permite que todos sepan qué hacen todos.

Todavía no sabía que aquella tarde escribiría, a cuatro manos con el especialista en información de sucesos, Luis Izquierdo, la crónica principal de los hechos.

Había personal sanitario que entraba y salía de los trenes, otros atendían a heridos tumbados o sentados en los alrededores. Entre el tren y el muro que limitaba con la trama urbana, sobre el lecho de grava gruesa que sostiene las vías, iban colocando a los que ya estaban muertos. Uno junto a otro, cubiertos por mantas negras, en un orden trágico, macabro, barroco y goyesco.

De pronto, un agente de policía nos instó a largarnos de allí, algún fotógrafo que no dejaba de disparar se hizo el remolón, el agente alertó: «¡Hay más bombas! ¡¡¡¡Fueraaaa!!!!». Detesto los signos de exclamación, los signos de exclamación no son para los cínicos ni para los descreídos, hay que estar muy convencido de la propia escritura para poner cuatro seguidos, pero es la única manera de transmitir la contundencia del aviso de aquel agente, que no estaba dispuesto a tolerar que no se le obedeciera *ipso facto* y todos a una.

En realidad, por nuestro bien. Minutos después, explotó otra bomba.

Aun detonada bajo control de los artificieros de la policía, el estruendo y la poderosa calidad de los bajos de una bomba es de difícil descripción. Un golpe ronco y seco, hondo, rugoso, el fondo de un volcán activo.

Luego sabríamos que uno de los artefactos fue localizado en uno de los trenes y desmontado por la policía, y que aquello desencadenaría las pesquisas, las detenciones y una rápida y bastante completa resolución del caso; pero a aquella hora del jueves 11 de marzo de 2004 solo sabíamos que habían explotado entre ocho y diez bombas y que un par o tres más lo habían hecho de forma controlada por los especialistas.

Aunque las bombas habían sido detectadas en bolsas de deporte, bolsas con asas, desde el primer momento la información oficial dijo que iban en «mochilas». Como las del tren de ETA.

A aquellas horas ya se hablaba de más de doscientos muertos. Con esa cifra se acercaba al mayor atentado terrorista de la historia

en Europa, el que en 1988 había supuesto la explosión de un avión sobre la localidad escocesa de Lockerbie, en el que murieron doscientas cuarenta y tres personas. El ministro del Interior, Ángel Acebes, apelaba a la memoria colectiva reciente al decir que ETA estaba intentando una masacre en Madrid y que la había cometido aquella mañana. El lendakari vasco, Juan José Ibarretxe, también atribuía a ETA la matanza. Sorpresivamente, el dirigente de Bata-suna, Arnaldo Otegi, desvinculaba a la banda de aquellos hechos; de manera inusitada, aparecía en una concentración si no de repulsa, sí de apoyo a las víctimas. Era inédito. Con el tiempo también sabríamos que por entonces ya se reunía en secreto con el líder de los socialistas vascos, Jesús Eguiguren, para tratar de iniciar unas conversaciones de paz que acabaran con la violencia de ETA. Una violencia que terminaría en buena medida gracias a aquel diálogo que estaba en gestación y también por lo que aquella mañana acababa de ocurrir. Porque, aquella mañana, la violencia dejó definitivamente de ser en el imaginario político europeo, o cuando menos en el español o vasco, un recurso político utilizable, tolerable o contemplable. Dos años después, en 2006, *La Vanguardia* me confió la cobertura de aquel proceso de paz, pero esa es otra historia.

Por el contrario, lo que Acebes acababa de fundar o al menos establecer era la falsedad como ingrediente o instrumento o recurso para el embate político. Porque sin cerrar del todo la puerta a que la autoría fuera de Al Qaeda o de algún grupo orbital de Al Qaeda, utilizó de entrada la idea —por aquellos días aún presente en la memoria pública— de que ETA preparaba una acción en Madrid, combinada con la idea de que ETA preparaba una acción con alrededor de una decena de artefactos repartidos en «mochilas» (que no eran tales) para causar una matanza en dicha ciudad. Faltaban apenas tres días para las elecciones generales y la autoría, de alguna manera, convertía a su partido, el Popular, en causante o víctima de la masacre según fuera Al Qaeda o fuera ETA. Porque siendo en los dos casos las víctimas ciudadanos inocentes e indefensos, la hipotética autoría de Al Qaeda iba a castigar

el entusiasmo de José María Aznar acompañando a George Bush Jr. a invadir Irak e iba a generar de inmediato la reacción y la oposición del electorado, mientras que la hipotética autoría de ETA generaría al momento su favor. De manera que aquella autoría era, en aquel Día 1, la de un quién puramente político.

Facebook tenía un mes de vida y Twitter no nacería hasta casi exactamente dos años después, el 21 de marzo de 2006. En esa prehistoria, y sin la cigarra de embustes, tuits, bulos, *fakes*, alertas, gritos, cuentos, enredos, calumnias y cosas ciertas que las redes habrían impuesto, Acebes (el Gobierno) calculó que podía dominar el relato y mantener la tesis de ETA hasta el domingo, sosteniendo respecto a la autoría una ambigüedad beneficiosa.

Le salió mal.

Yo no dejaba de pensar en aquellos que lo habían cometido, veía sus caras, serias y barbudas, con barbas más cortas o más largas, y alternativamente imaginaba a un grupo de miembros de ETA o a un grupo de musulmanes delante del televisor, todo el día, pero no los veía en ningún caso sonreír, sino reconcomerse por la que habían armado.

Me costaba creer que hubieran sido los primeros, tenían que ser los segundos, y en esta convicción había también un prejuicio: ETA podía ser salvaje, pero no lo era tanto. El comando había colocado al menos una decena de bombas en los trenes, con lo que —calculé— eran necesarios como mínimo cinco hombres, con una bolsa en cada mano; desde luego, no me imaginaba a una mujer en el papel, aunque deba para ello admitir un matiz machista.

Frente a la fila de bolsas negras inertes traté de imaginar cómo iban vestidos los tipos, con qué absoluta normalidad, sin pasamontañas ni chalecos antibalas ni *kalashnikovs* en la grupa, con qué rictus habían depositado las bombas en los trenes, con qué temblor de manos, si alguno se había rajado a última hora y ahora quedaban dos artefactos sin usar en algún piso de arrabal.

Perdí la vista hacia mi izquierda, en el sentido contrario a la estación de Atocha, hacia la interminable fachada de bloques levantados entre el ámbito ferroviario y la avenida Ciudad de Bar-

celona. Muchos vecinos permanecían en los balcones, algunos tenían una mano o las dos tapándose la boca, intuí las lágrimas cayendo hacia la calle, como cuando alguien riega la terraza.

Fue ahí, con la vista perdida hasta donde las vías viran, donde empecé a imaginar, o a intentar imaginar, cómo habían sido hasta aquel día las vidas de quienes habían llenado las nuestras de barbarie. Empecé a imaginar sobre todo al que se ha rajado a última hora, al que no ha querido unirse al mal, y aún más: empecé a imaginar la vida de quien, cerca del mal, no lo comparte ni lo practica o practicará nunca, de quien mira sin ver, pero lo entiende. Imaginé allí, sobre las vías, a un muchacho marroquí de mi edad, a un muchacho marroquí que, como yo, vive lejos de su ciudad y de los suyos, pero que, a diferencia de mí, lo hace porque en la suya no hay futuro. Lo imaginé no tan distinto: ni negro ni muy árabe ni con un nombre lleno de guiones y consonantes consecutivas.

## 2

**A**ntes de llegar al cementerio, Ismael Feres sabe que va a ser el único asistente a aquel entierro. Es muy duro enterrar así a tu padre, solo. Y además sin sentir por él ningún amor. Es el 10 de marzo. Es justo el día anterior a los atentados de Madrid, porque el padre, Anuar Feres, muere el día 7, o, mejor dicho, lo encuentran muerto el día 7, y los musulmanes deben dejar pasar tres días entre el deceso y el entierro. Ese es el día en que Ismael recibe la llamada fatídica.

A primera hora de la mañana un número desconocido, con prefijo de Marruecos, aparece en la pantalla de su móvil. Lo primero que piensa Ismael es que le llama su hermano, Isa, que tiene nombre de niña pero es un niño.

Una voz rugosa —«¿Ismael Feres?»— le dice que no es Isa, y entonces piensa que quizás a este le ha pasado algo. Antes de que el comunicante revele el motivo de su llamada, Ismael tiene tiempo de pensar también que le ha pasado algo a su amigo Asrih, Asrih Rifaat, que lleva una temporada visitándolo por sorpresa en su piso de Lavapiés, yendo y viniendo sin que Ismael sepa muy bien de dónde o hacia dónde.

Hasta que la voz rugosa conjuga un tiempo verbal que pone a Ismael sobre aviso:

—¿Usted era el hijo de Anuar Feres?

Se trata del director del hotel Al Khaima, donde Anuar Feres ha trabajado toda su vida, hasta que dos días antes no se ha perso-

nado a la hora de siempre y el anterior tampoco, de manera que el hotel ha decidido enviar a un empleado al domicilio de Anuar para averiguar qué está ocurriendo.

El chaval ha ido en su moto hasta la casa de las afueras de Asilah donde reside Anuar. Llama a la puerta repetidas veces, hasta que prueba a girar el pomo, el pomo chirría, la puerta se abre. El botones balbucea «Anuar, Anuar», encuentra a un Anuar inerte.

El botones se va a buscar a la voz rugosa y, juntos, a la policía local de Asilah, que toma el mando de la situación.

El nombre y el teléfono de «Ismael-Madrid» están anotados en un pedazo de papel sostenido por un celo en la espalda de la puerta de la entrada. Ismael nunca sabrá cómo su padre se hizo con el número. Posiblemente a través de algún pariente de Asrih, que también es de Asilah. Aunque a Asrih tampoco podrá ya preguntárselo, porque después del 11 de marzo no se ven más.

Al escuchar la voz rugosa, Ismael decodifica varias cosas de golpe: que su padre no ha cambiado de trabajo, que no ha encontrado otra pareja y que no ha hecho un solo amigo que se encargue de los trámites. «Después de quince años sin saber nada de mí, ni yo de él, no tenía ningún otro recurso», le dirá a su novia, Pilar, cuando al volver pasa a verla por la panadería en Lavapiés.

El avión llega a Tánger a las nueve de la mañana del día 10. Ismael toma un taxi de Tánger a Asilah, una hora de trayecto, aproximadamente. Quiere pasar por la casa, su casa, aunque duda si el artículo debe ser posesivo. La abandonó quince años atrás sin intención de volver y ahora está vacía. Habrá que pensar qué hacer con ella. Aquel día debe pasar por allí antes de la ceremonia para aportar algún documento acreditativo de la identidad de su padre. El director del hotel le da el número de la funeraria para que Ismael pueda acordar los detalles del sepelio. Lleva tres mil euros en el bolsillo.

El coche de su padre, el mismo Seat Ibiza de 1990, está frente a la casa, sucio y rasguñado. La calle, desierta como siempre. Es perpendicular al mar y conecta la playa con algunas barriadas del sur de la ciudad, tierra adentro, a un par de kilómetros de la línea de costa.

La puerta de la valla, que rodea el perímetro de la parcela, está abierta cuando llega Ismael, que no ha olvidado coger el juego de llaves que, pese a todo, ha conservado desde que emigró.

Lo primero que alerta a Ismael es el olor. Tan alejado de la fragancia que cada mañana todo lo contaminaba desde la cocina, tan alejado de su recuerdo. La casa apesta. «A vertedero», piensa.

La cocina está atestada de platos sucios, una bolsa rebosa restos de comida, cien cosas están fuera de lugar; cuando entra Ismael hay una cucaracha en la pared y otra al borde del fregadero. Entre este y la pared se apilan decenas o cientos de botellas de diferentes alcoholes, una sobre otra, hasta la altura de la encimera. Hay otras por el suelo, en vertical. Docenas de botellas que el padre deja para que sepan de qué ha muerto y en qué convirtieron su vida cuando decidieron huir a Madrid. Ved cómo acabasteis conmigo, en qué clase de soledad me sumergisteis.

Queda claro que, contra la soledad, Anuar Feres no ha buscado el consuelo del Profeta. Que su vida desde que su familia abandonó la casa de madrugada rumbo a España ha sido una rutina de casa al hotel y del hotel a casa con las botellas inacabadas de la clientela.

Ismael recorre la casa. En la habitación del fondo, la cama sin hacer, la cama donde lo hallaron muerto. Ismael estira la manta, como si así cubriera el último respiro de su padre. Abre la cajonera donde siempre guardaron las cosas imprescindibles. Libro de familia, documentos de identidad, las llaves del coche, un reloj viejo, recibos de agua y luz, la cámara de vídeo que compró su madre.

Aunque Pilar ya tiene una, justamente se la regaló él por su cumpleaños hace dos veranos, Ismael se la lleva. Para qué dejarla allí, oxidándose; tiene un valor, quién sabe qué va a pasar con la casa. Se la lleva al parecer para regalársela a la muchacha, no para filmar el Bernabéu ni cosas raras.

El patio posterior también está repleto de botellas. Hay algunos tiestos con tallos muertos, salpicados del guano ácido de las gallinas. Seis o siete corretean por allí, raquíticas. La bicicleta de su padre está apoyada en la pared.

Vuelve a la cocina y, tratando de no respirar o al menos no percibir el aire fétido del cubo, lo saca al patio y vierte el contenido para que las gallinas tengan algo que picotear. Volverá después de la ceremonia, piensa, para decidir qué hace con ellas, los papeles, el coche. Coge las llaves. También piensa en dejarlo todo tal cual está, pirarse y que sea el tiempo quien actúe sobre las cosas.

«Jódete», piensa, dirigido a su padre. También se arrepiente de pensar «Jódete».

Se sienta en el coche, mete la llave, el coche tose, da unos golpes de gas. El cuentakilómetros marca 100.982. Conduce hasta el cementerio.

Tras la llamada del director del hotel, Isma ha avisado a su madre y a su hermana, que viven en Madrid, y a su hermano, que todavía estudia en Rabat, para saber si van a acompañarlo a Asilah y, palabra arriba, palabra abajo, los tres responden igual: «¿Al entierro de ese hijo de puta?».

Pero no se lo reprocha.

Aunque alguien tiene que ocuparse.

Ismael es el único asistente a aquel entierro. El cementerio de Asilah es precioso. «Maqbara», pone sobre la entrada. Ocupa la parte alta de un pequeño acantilado sobre la playa. La escasa altura del muro oeste permite ver el mar, en toda su frialdad, volumen y amenaza. Las guías turísticas lo describen como «*The most beautiful in the world*».

El portalón del recinto está abierto. En una esquina, una pequeña construcción alberga la oficina funeraria. Dos hombres charlan y fuman en un banco junto a la puerta; visten chilabas blancas de lana y anoraks por encima, gorro de estibador; en marzo el aire del océano es vigoroso y frío, todavía.

Ismael se acerca, pronto lo identifican:

—¿El hijo de Anuar?

Siente un grado de vergüenza, como si fuera responsable de cómo la vida de su padre se fue por la pendiente.

El hombre le tiende la mano, exhala un turbo de humo y lanza la colilla al suelo. Sobre el pezón izquierdo, una tira de papel

adhesivo lo identifica como «A. Munir». El otro no tiene escrito ni le dirá el nombre.

—Abdelsammad.

—Ismael.

—Vuelvo.

Un hombre expeditivo. Mejor. Vuelve con un portafolio y un bolígrafo pinzado con el pulgar:

—Abajo. Firma —dice, señalando el documento.

Ismael lee, los datos son correctos, obedece.

Un rectángulo de subsuelo está preparado. A un lado una cordillera de arena, en el otro una mortaja.

Los tres hombres se colocan en hilera, bajan las cabezas, levantan las palmas de las manos, pasan siete minutos en susurros. Quizás Anuar no esperaba aquello, quizás esperaba una cierta piedad, que el día póstumo Isa, Salma y Melissa también le concedieran su perdón.

Antes de bajarlo al hoyo, Ismael pide verlo. Abdelsammad deshace un poco la momia de tela blanca, dentro hay un anciano de cera y alcohol. Habría sido mejor no mirarlo.

Lo bajan a la trinchera, lo cubren de arena, rematan la operación con una losa clavada al suelo en vertical: «Anuar Ferres, año 2004, 7 de marzo».

Vuelven al edificio, Ismael firma otro documento, paga mil cincuenta euros. Cuando está a punto de marcharse, se acuerda:

—¿Alguno de ustedes quiere media docena de gallinas?

Abdelsammad piensa, el otro está encendiendo otro cigarro.

—Las regalo.

Abdelsammad todavía no responde.

—¿Y un coche? El coche lo vendo, pero barato, muy barato. Cien mil kilómetros. Quinientos euros.

Necesita vender. Abdelsammad dice: «Yo, gallinas y coche. En dírham. Cinco mil quinientos. Es un buen cambio».

Cuando llegan ante las gallinas, Abdelsammad lamenta:

—Me las llevo porque las regalas.

Ismael se fía de Abdelsammad y le presta el vehículo antes de que se lo pague para que pueda ir a por los cinco mil quinientos

dírham. «Los musulmanes confiamos en la palabra», le dirá a su novia cuando le cuente el entierro. Ella no se habría fiado. Ismael ni siquiera sabe dónde vive Abdelsammad.

Mientras el funerario va y vuelve, Ismael busca dos pedazos de papel y redacta el mismo contrato de compraventa, para el Seat. No se ve capaz de poner toda la casa en orden, y para qué hacerlo. Quiere volver a Madrid cuanto antes. El último ferri desde Ceuta parte a las diez de la noche.

Abre y cierra armarios y cajones, remueve la ropa de su padre: en el cajón inferior le llama la atención que haya unas alpargatas, porque los zapatos que ha visto están por el suelo, no en un armario. Y le llama la atención que una de ellas abulte ostensiblemente más que la otra, pero no imagina que esté llena de billetes hasta que estos están en su mano sorprendida, en su mano sonriente, en su mano extasiada de placer y riqueza. Cierta riqueza: se sentará a la mesa y contará los billetes, apilados por valor, y habrá noventa mil dírham, unos ocho mil doscientos euros.

Nunca ha tenido tanto dinero en la mano. Los ahorros de quince años de su padre.

Dios, piensa, su querido Alá, le ha premiado por su bondad y por encargarse del entierro. Por eso no valora ni por un momento compartírselos ni con Isa, ni con Salma ni con Melissa. ¿Verdad que era un hijo de puta? Pues no esperéis nada de él.

En otros cajones y rincones busca más objetos de valor. Una cadenita que parece de oro, un anillo de casado, plateado, simple, mentiroso. Se los mete en el bolsillo.

Al acabar, se lava las manos, se pone la chaqueta y se sienta en la acera a esperar a Abdelsammad. Han pasado dos horas, pero Ismael no teme que no vuelva. Las gallinas corretean en el patio. Abdelsammad aparece con los cinco mil quinientos. Ismael no los cuenta. Extiende los dos contratos, rellena los datos. Abdelsammad hace lo mismo, firman por duplicado.

Ismael y Abdelsammad acorralan y atrapan una por una a las seis aves y las meten en el asiento posterior del coche. Antes de

entrar él, Abdelsammad tiende la mano a Ismael, y espontáneamente se dan un abrazo.

Cierra la casa. Antes de caminar hacia el centro, donde tomará un taxi hasta Ceuta, se coloca frente a la vivienda, piensa si algún día volverá, bisbisea unas suras del Corán. No ha llorado.

Toma la avenida m'Dem, el aire se ha apaciguado. Cerca del centro compra una pita de cordero y una botella de agua grande para el viaje, busca una oficina de cambio, se hace con los euros y, ya en la Taxis Station, contrata un coche hasta Ceuta.

Cuando el viejo Mercedes toma la National Route 1, baja la ventanilla y piensa: «*Ciao, Asilah*». Como si nunca fuera a regresar. Ahora que ya puede. Ahora que ya tiene una casa, en realidad su casa, la podría considerar propiedad. Y ahora que ya no tiene un padre que le pegue.

Hace la misma ruta que el día que su madre y su hermana salieron de Marruecos, hace ahora nueve años. Asilah, Malusa, Alcazarseguir, El Tarajal. Entra en la colonia sin problemas. Nadie le palpa el sobaco, donde pinza un fajo de billetes. Toma un autobús hasta el puerto, compra un pasaje para el último ferri del día hasta Algeciras. Son las siete de la tarde, está agotado.

En la orilla española tomará el autobús de las diez de la noche hasta Madrid. Por suerte, es directo. Ismael llega a su casa, en Lavapiés, apenas un par o tres horas antes de que en Madrid exploten cuatro trenes. Cuando a las 07.36 revienta el primero, se supone que duerme, o que dirá que duerme, y que no sabe nada.

### 3

Los periodistas nos habíamos concentrado en el pabellón poli-deportivo Daoiz y Velarde, convertido en un hospital de campaña, en estación intermedia entre el tren destruido y las ambulancias: era la zona de tránsito para quienes podían esperar a ser atendidos, o para quienes no podían ser movidos, o para quienes ya no había remedio.

Un hombre murió a dos metros de mí.

Cuando entré en el recinto, el panorama era el *Guernica*. Un médico estaba sobre el tipo, grueso, debía de tener unos sesenta años, tumbado en el suelo, haciéndole un masaje cardíaco. Por todos lados había gente ensangrentada. Nadie se quejaba, el silencio era sorprendente. Había recibido varias llamadas; de mi pareja, Judit, de amigos, familiares, conocidos no tan cercanos a quienes saber que vivía en Madrid los había llenado del temor (de la certeza, en algún caso) de que pudiera haber estado a bordo de alguno de aquellos trenes; pero quien me llamó en aquel preciso momento, cuando estaba observando el masaje cardíaco, fue Francesc Peirón, Siscu, compañero en *La Vanguardia*, buen amigo, a quien yo había sustituido como redactor de tribunales cuando él cambió de área, y si lo recuerdo fue porque —debía de llevar la dosis máxima de emoción acumulada— rompí a llorar en cuanto oí su voz. Me separé un poco de aquella zona del pabellón, creo que solo acerté a describir «es muy bestia, es muy bestia», me preguntó si creía que era ETA o Al Qaeda, le dije que aquello no podían ser «los vascos», que tenía

otra dimensión, por salvajes que fueran o hubieran sido los vascos en ocasiones; me recordó que el Gobierno estaba diciendo que era ETA, que no era posible que el Gobierno mintiera en algo tan grave, le dije que tenía razón, que en realidad había que confiar en el Gobierno y no en las sensaciones, me dio ánimos, colgamos.

Cuando me giré, una manta plateada cubría al hombre por completo. Tampoco supe nunca su nombre. Me pregunté si el mejor oficio del mundo podía tolerar aquella brutalidad.

Anduve por la zona el resto de la mañana. En algún momento, un fotógrafo logró que un vecino de un bloque con vistas sobre las vías le diera acceso a la azotea. Nos avisamos con silbidos y gestos, unos cuantos subimos. Ahora el cuadro era del Bosco, aquel del carro de heno, que en un rincón muestra cómo será el infierno. Del tren salen aristas de acero y un enorme boquete deja ver el interior; una hilera de cadáveres, uno junto a otro, cubiertos por mantas o plásticos negros; agentes buscando supervivientes entre las butacas desgajadas.

Desde la atalaya detecté al juez de la Audiencia Nacional Juan del Olmo inspeccionando la zona. El peligro de nuevas bombas parecía haber pasado. Todavía no sabía que Del Olmo iba a ser el encargado de la investigación, lo que no era una buena noticia: a diferencia de algunos colegas suyos, era una tumba y no recibía nunca a los periodistas. No habría manera de sonsacarle ninguna información. Cerca de él, en su comitiva, creí ver a Rocío, una agente de la Policía Nacional con quien había hecho buenas migas aquellos años. Una mujer alta, con el cabello largo, sin duda era la que estaba detrás del juez. Desde mi posición elevada, me pareció que tenía el rostro desencajado. Era un fracaso policial sin precedentes. Su carrera tenía sentido si evitaba que desastres como aquel llegaran a producirse. Un error eliminaba cualquier acierto o éxito o arresto anteriores, que a menudo se mantienen secretos para evitar alarmas excesivas; un atentado así eliminaba una carrera entera de trabajo bien hecho.

Bajé a la calle y me acerqué cuanto pude al boquete en el muro por el que se accedía al convoy. Las fuerzas de seguridad

habían instalado inhibidores de la señal telefónica y no podía llamarla, pero le envié un SMS, pidiéndole que se acercara al pabellón, confiando en que una ráfaga de cobertura se lo hiciera llegar. Tardó, pero acudió. Estaba deshecha. Había llorado, no se había preocupado de recomponerse el rímel. Me permití la licencia de apretarle el antebrazo. Le pregunté si había escuchado lo que había dicho el ministro del Interior, le pregunté «qué opinas». Estaba «tan hundida como indignada, no sé qué estoy más. Pero los tiros no van para arriba, van para abajo, ten la certeza», y todavía no eran las dos de la tarde.

—Llámame a las siete —me ofreció.

Aquello era, iba a ser, oro puro.

Sobre las tres de la tarde tomé un taxi hacia la redacción. El vacío de las calles era casi absoluto. Todos los coches habían logrado zafarse del embudo. Ya no se oían ambulancias.

En Barcelona había ejercido el periodismo judicial y ahora en Madrid estaba haciendo eso mismo. En la primera etapa hubo crímenes, robos o estafas, y en la actual había grandes crímenes, grandes robos, grandes estafas y terrorismo; con algunas excepciones, en la primera trabajé para las secciones de Sociedad y Local, y en la segunda lo hacía para las secciones de Política y Economía; España tiene un tribunal central para los grandes casos, que es la Audiencia Nacional, que en aquellos años era mi epicentro de trabajo. Con terremotos todos los días. Llevaba en todo caso una buena temporada, seis o siete años, en contacto continuo con la maldad. Gente que mata, gente que roba, gente que luego miente para salvarse. Gente que para un periodista casi nunca es de carne y hueso, en el juicio son muñecos en un estrado y luego son papel. Que solo son acusados o presuntos o desgraciados, tipos con impericia o mala suerte y al final noticia. Nunca serán tu amigo, son el menú de tu jornada, aunque algunos intentan barnizarte con su sonrisa y que luego la recuerdes al escribir. Porque nunca estás en la escena del crimen, nunca asistes a la puñalada, al atraco, al asalto al chalet; cuánto nos habría gustado, no por ayudar, sino por verlo con tus propios ojos y narrarlo sin las excusas.

Hoy había sido distinto. Todos los muertos desparramados. Un masaje cardíaco inútil. Llorarle a un compañero.

Aquella crónica me costó un mundo, una eternidad, no solo por el amasijo ingente y cambiante de datos, sino por la consternación, el silencio de la redacción, la ruina en que una organización terrorista, todavía no sabíamos cuál, había convertido miles de familias y un país. Los muertos eran ciento noventa y uno y los heridos mil cuatrocientos treinta, al cierre de la edición. Fueron más de doscientos durante muchas horas, porque muchos cadáveres estaban troceados, y algunas reconstrucciones no cuadraban. Finalmente serían ciento noventa y uno, y volverían a ser ciento noventa y dos veintitrés días más tarde, cuando descubrieron al comando atrincherado en un piso en Leganés y, al inmolarse siete de ellos, mataron también a un policía.

Los suicidas nunca formaron parte del recuento.

La crónica la escribimos a cuatro manos entre Izquierdo y yo, mientras hacíamos llamadas. Él a sus fuentes policiales, yo a las mías. En la Audiencia Nacional no había todavía oficina de prensa, de modo que si previamente no habías hecho algunos contactos con jueces, fiscales, secretarios y/o agentes judiciales y/o policías allí destinados en días como aquel estabas muerto.

Nuestras voces resonaban como nunca en la redacción. Era una sala pequeña, donde trabajábamos quince o veinte personas, dado que la central del periódico está en Barcelona. Los periodistas asignados al área de política solían trabajar desde el Congreso y el resto entraba y salía continuamente, de manera que con frecuencia la delegación estaba semivacía. Aquel día no. Aquel día estaba llena. De gente y de silencio. Naturalmente, toda la plantilla de Madrid, y buena parte de la de Barcelona, fue movilizada para la cobertura del atentado. Pero recuerdo el volumen de mi voz, y la de Izquierdo, sobresaliendo por encima del tecleo de los ordenadores y del silencio general.

Aquella tarde nos llamamos más que nunca entre los periodistas amigos, atenuado el pudor de hablar con la competencia por la gravedad de los hechos y sobre todo por las artimañas que todos

olíamos en el Gobierno. Cada uno tenía algún contacto, no todos eran coincidentes, y de ese modo cada uno construyó un caleidoscopio con sus datos y con los que intercambió con algunos colegas.

Tal como habíamos convenido, a las siete de la tarde llamé a Rocío. Me contó pronto algo que a última hora iba a desvelar el ministro en rueda de prensa. Si por entonces yo hubiera estado escribiendo para nuestra incipiente página web, habría publicado la exclusiva, porque sabiendo que Acebes lo iba a contar más tarde y que no tenía sentido esperar al periódico de papel del día siguiente, lo habría lanzado de inmediato. Lo que me contó Rocío (y desvelaría el ministro) fue que muy poco después de los atentados, hacia las diez de la mañana, había sido descubierta junto a la estación de Renfe de Alcalá de Henares —punto en común de paso de los cuatro trenes— una furgoneta en la que habían aparecido detonadores y, en el radiocasete, una cinta con cánticos religiosos.

La furgoneta había sido primeramente inspeccionada por un perro adiestrado en la detección de explosivos, y había dado positivo. Eso había ocurrido al mediodía.

No me cabe ninguna duda de que el primero en ser informado del hallazgo fue el ministro, que lo contó cuando compareció en rueda de prensa a primera hora de la noche, pero solo después de empezar subrayando que ETA buscaba provocar una matanza en Madrid y solo después de acuñar una frase que haría fortuna —«Hay dos líneas de investigación»— y ridículo, porque solo había una, o al menos la primera perdía color cada minuto que pasaba. Me lo había dicho Rocío por la mañana y me lo dijo de nuevo por la tarde, indignada, como muchos de sus compañeros, porque el Gobierno (de un país europeo, que quería ser civilizado y moderno y blablablá) estaba contrapesando la información, sin acabar de ocultarla, para confundir a sus ciudadanos y ganar las elecciones que se iban a celebrar dos días más tarde.

Esa indignación fue capital para que agentes policiales o fiscales o hasta jueces que nunca cogían el teléfono o devolvían una llamada lo hicieran aquellos dos días. Rocío y sus compañeros

sabían ya que los indicios apuntaban por completo a Al Qaeda: primero, porque con el mero recuento de artefactos (a aquellas horas eran doce: diez explotaron y dos los hizo detonar la policía bajo control, y uno más se descubriría aquella noche entre los enseres) los servicios de inteligencia ya habían deducido que no era ETA, que no podía ser ETA, porque ETA carecía de capacidad operativa para meter en Madrid un comando de al menos ocho o diez personas sin que fueran descubiertas; porque no había ocho o diez etarras sin fotografía, que fueran anónimos, indetectables; porque era prácticamente imposible que a la entrenadísima policía española se le escaparan ocho etarras pululando por Madrid, ocho etarras viajando en Cercanías de Renfe los días previos para analizar los recorridos, para comprobar la coincidencia de los convoyes en las estaciones, para alquilar un piso donde montar las bombas y donde esconderse después... No era posible.

En segundo lugar, los envoltorios de dinamita hallados en la furgoneta eran de un tipo —Goma-2 ECO— que ETA no empleaba desde hacía años.

Tercero, habría sido torpe para ETA vincularse a un 11, el 11 era la fecha de Al Qaeda.

Cuarto, ETA siempre evaluaba por qué había fallado una acción, y la cercanía en el calendario que aducía Acebes con el intento reciente del tren de Chamartín era justamente un factor en contra, porque la organización tardaba alrededor de seis meses en sus análisis; eso quizás no lo sabía Acebes, pero sí lo sabían perfectamente sus mandos. Y a nadie le cabría en la cabeza que no se lo hicieran saber.

Y encima, y quinto, Al Qaeda ya lo había reivindicado. Aunque fuera en un comunicado de credibilidad dudosa, era absolutamente inverosímil que Al Qaeda reivindicara una acción ajena, porque antes o después habría indicios que se convertirían en detenidos y pruebas y un juicio. Las brigadas de Abu Hafís Al Masri, de las que yo no había oído hablar en mi vida, habían enviado un *e-mail* a una revista editada en Londres, en el que afirmaban que los atentados eran un «ajuste de viejas cuentas» con España, «el

cruzado y aliado de América en su guerra contra el islam». Añadían que su «escuadrón de la muerte» había penetrado en «uno de los pilares de la alianza de cruzados, España» con la operación Trenes de la Muerte. Mencionaban directamente a Aznar: «¿Dónde está América, quién te protegerá de nosotros? ¿Gran Bretaña, Japón, Italia y los demás?». «Nosotros, las Brigadas de Abu Hafz Al Masri, no sentimos pena por los denominados civiles, si está bien para vosotros matar a nuestros niños, mujeres, ancianos y jóvenes en Afganistán, Irak, Palestina y Cachemira, ¿por qué nos estaría vedado a nosotros matar a los vuestros?», apuntaba el texto.

Había otro elemento, que a aquellas horas del 11 de marzo todavía no se había descubierto: entre los enseres de los viajeros se había encontrado una bomba intacta, que sería «la mochila número 13», que tampoco era una mochila, sino una bolsa de deporte. Sería decisiva, pero entre el barullo de objetos de los trenes había sido trasladada a un depósito bajo control judicial, y no sería descubierta hasta la noche de aquel día.

Hablé también con Manuel, un alto fiscal de la Audiencia Nacional que, aunque no estaba asignado al Juzgado N.º 6, que era el que había asumido la investigación, tenía algunos datos. La situación era tan dura para todos, había tal necesidad de consuelo entre personas que no siempre parecen humanas (jueces, fiscales, policías), tal necesidad de darse calor, que se abrieron algunos hilos y grifos. Aquella tarde Manuel había hablado con otros fiscales de aquel tribunal y tenía ya algunos datos de las pesquisas que se estaban iniciando.

*La Vanguardia* tenía también buena información del Mossad, a través del corresponsal en Israel, Henrique Cymerman, y también de quienes habían formado unos años antes un equipo de investigación, Santiago Tarín y Eduardo Martín de Pozuelo, que conservaban buenas fuentes en las entrañas de la policía y la judicatura. De hecho, la amistad de Eduardo con el juez Baltasar Garzón había supuesto un problema para mí: me daba largas o era extrañamente parco, rácano, cuando le veía. Hasta que comprendí el desequilibrio: yo lo necesitaba a él, pero él a mí no, porque ya tenía un hilo con nuestro periódico. Eran íntimos amigos.

En la edición del día 12 de marzo había otras crónicas, de otros escenarios: de la estación de El Pozo del Tío Raimundo, un barrio modesto donde había estallado un tren; del recinto ferial de Ifema, convertido en gigantesca morgue; de los hospitales, donde la gente buscaba a sus heridos, donde donaba su sangre; de la ciudad que se había quedado vacía.

La dirección de *La Vanguardia* decidió, a diferencia de otras cabeceras, no publicar una edición especial que estuviera en los kioscos a primera hora de la tarde del mismo día 11. Fue un acierto, porque aquella edición era un afilado bumerán. Las posibilidades de publicar información poco contrastada eran muy grandes y el desvío de parte de la redacción a una tarea acelerada como aquella era o podía ser un gran error. Era un esfuerzo que hoy nadie haría, teniendo «la web», habiendo convertido «la web» en el centro de la información, sin que acabe de ser un negocio fiable.

Y encima estaba Aznar. El presidente telefoneó a los directores de los principales periódicos el mediodía del 11 de marzo para prometerles que había sido ETA, para alertarlos de que cometían un error si desdeñaban esa idea, y para fundar o poner los cimientos o establecer que la verdad es moldeable y comenzar a hacer de la filiación política una especie de fe; porque muchos de quienes creyeron que ETA había sido la autora del atentado lo siguen creyendo años después, por más que años de investigaciones, un juicio con todas las garantías procesales y una sentencia judicial demostraran sin dudas de quién era la mano.

Aznar forzó a la ONU (¡la ONU!, y vuelvo a usar exclamaciones) para que emitiera aquella tarde una condena contra ETA, tratando de dar cobertura global a un pábulo que sabían falso o, cuando menos, improbable.

El director de *La Vanguardia*, José Antich, a quien un colega de la época definía como «el mejor político de Catalunya», no creyó a Aznar, o tuvo la valentía o la profesionalidad de escuchar los datos y las tesis —unánimes— de una decena de sus periodistas: todo apuntaba a Al Qaeda. Era un desafío, porque el presidente de

un Gobierno no puede llamar a los directores de periódicos y medios y defender una tesis como esta si no es la verdad o si no tiene la absoluta certeza de que lo acabará siendo. Pero aquel Gobierno quería aferrarse al gobierno, y con aquella cocción de la realidad abrió o sustanció una era diferente, en la que los intereses de partido priman sobre los intereses del país.

En aquel momento lo primordial no era ganar las elecciones, sino conocer la verdad y detener a los malos.

El titular principal de *La Vanguardia* del día 12 decía: «Matanza terrorista en Madrid», sin atribuirle todavía. La fotografía de Emilia Gutiérrez es durísima, un amasijo de chatarra en medio de la cual yace una mujer muerta, la palidez del rostro la hace perceptible entre unas sombras que son definitivas. En un subtítulo poníamos en contradicción la versión del ministro con los indicios que teníamos; en un destacado, la hipótesis de que hubiera terroristas suicidas, que finalmente se descartó. En otra página, el titular era: «Interior sospecha de ETA, pero cobra fuerza la pista del terrorismo islámico». La confusión era muy grande.

Cerramos la crónica tarde, hacia las once de la noche. Había acabado el primer día. Todo aquello acababa de empezar.

Cené algo en un VIPS cercano a la redacción en el que era el único cliente, con una incomodidad nueva: la de aquellos enormes ventanales de cristal, la del local plenamente iluminado frente a la calle oscura, inhóspita, desde la que cualquiera podía verte o ametrallarte. Ahora el cuadro era *Nighthawks*, de Edward Hopper, pero sin sombreros ni el glamur.

Salí del local y decidí bajar caminando Castellana, Chueca y Latina abajo, hasta Lavapiés; tenía unos cuarenta y cinco minutos de trayecto, pero me vendría bien. No podía dejar de pensar en que muy posiblemente quienes habían perpetrado aquella barbarie vivían o estaban por allí, escondidos. No podía dejar de intentar ponerles cara, pasado, biografía, rencores. Había visto morir a un hombre a mis pies. ¿Tanta crueldad? ¿Quién? ¿Al Qaeda? ¿Un comando enviado desde Irak, Marruecos, Afganistán? ¿Unos chavales reclutados en Madrid, en el mar de plástico en Almería, entre

los obreros de la construcción de Catalunya? ¿Podía ser que aquella matanza indiscriminada la hubiera cometido alguno de aquellos inmigrantes? Vivía en Lavapiés, un barrio con altísimos porcentajes de inmigrantes, tenía cientos, o miles, de vecinos magrebíes, además de ecuatorianos, tailandeses o polacos. Todos los días, uno detrás de otro, veía decenas de hombres ociosos en la plaza, y ahora no me atrevía a pensar que algunos de mis propios vecinos hubieran podido tener algo que ver. Pero la masacre no se había producido sola.

No había apenas nadie en la calle, era una ciudad dolorida y desierta, muchos coches de policía todavía atravesándola de luz azul y silenciosamente.

Solo dos días después, tres hombres que vivían muy cerca de mí serían detenidos, y el quién, ese actor político que había arrasado un país, empezaría a tener nombre, apellidos y, a su manera, unos motivos. Y yo quería empezar a imaginarlos, había empezado a imaginarlos, para poder entender.